

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

rey. Al pasar las dos mujeres, uno de los zagales grita hacia el camino :

— ¿Van para la feria de Brandeso?

— Vamos más cerca.

— ¡Un ganado lucido!

— ¡Lucido estabal... ¡Agora le han echado una plaga, y vamos al molino de Cela!...

— ¿Van adonde el saludador?... ¡Á mi amo le sanó una vaca! Sabe palabras para deshacer toda clase de brujerías.

— ¡San Berfísimo te oiga!

— ¡Vayan muy dichosas!

Las dos mujeres siguen adelante: Buscan la sombra de los valladares y desdeñan el ladrido de los perros que asoman feroces, con la cabeza erguida, arregañados los dientes. Las ovejas llenan el camino y pasan temerosas, con un dulce balido como en las

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

viejas églogas. Los pardales revolotean á lo largo y se posan en bandadas sobre los valladares de laurel, derramando con el pico el agua de la lluvia que aún queda en las hojas. En una revuelta del río, bajo el ramaje de los álamos que parecen de plata antigua, sonríe un molino. El agua salta en la presa, y la rueda fatigada y caduca, canta el salmo patriarcal del trigo y la abundancia: Su vieja voz geórgica se oye por las eras y por los caminos. La molinera en lo alto del patín, desgrana mazorcas con la falda recogida en la cintura y llena de maíz: Grita desde lo alto al mismo tiempo que desgrana:

— ¡Suras!... ¡Suras!...

Y arroja al viento un puñado de fruto que cae con el rumor de lluvia veraniega sobre secos follajes. Las gallinas acuden presurosas

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

picoteando la tierra. El gallo canta. Las dos aldeanas salmodian en la cancela del molino:

— ¡Santos y buenos días!

La molinera responde desde el patín:

— ¡Santos y buenos nos los dé Dios!

Á las salutations siguen las preguntas lentas y cantarinas: La ventera habla con una mano puesta sobre los ojos para resguardarlos del sol:

— ¿Hay mucho fruto?

— ¡Así hubiera gracia de Dios!

— ¿Cuántas piedras muelen?

— Muelen todas tres: La del trigo, la del maíz y la del centeno.

— ¡Conócese que trae agua la presa!

— En lo de agora no falta.

— ¡Por algo decían los viejos que el hambre á esta tierra llega nadando!

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

La molinera baja á franquearles la cancela, pero la ventera y la zagala quedan en el camino hasta que una á una pasan las ovejas. Después, cuando el rebaño se extiende por la era, entran suspirando. La molinera hundía sus toscos dedos de aldeana en el vellón de los corderos:

— ¡Lucido ganado!

— ¡Lucido estabal!

— ¿Por acaso hiciéronle mal de ojo?

— ¡Todos los días se muere alguna oveja!

— ¿Entonces, buscáis al abuelo?... Por ahí andaba... ¡Abuelo! ¡Abuelo!

Las tres mujeres esperan bajo el emparrado de la puerta. El gallo canta subido al patín. Las gallinas aún siguen picoteando en la yerba, y la molinera les arroja los últimos granos de maíz que lleva en la falda. Por el

fondo del huerto, bajo la sombra de los manzanos, aparece el abuelo, un viejo risueño y doctoral, con las guedejas blancas, con las arrugas hondas y bruñidas semejante á los santos de un antiguo retablo: Conduce lentamente, como en procesión, á la vaca y al asno que tienen en sus ojos la tristeza del crepúsculo campesino. Tras ellos camina el perro, que cauteloso va acercándose al rebaño y le ronda con las orejas gachas y la cola entre piernas. El viejo se detiene y levanta los brazos sereno y profético:

— ¡Claramente se me alcanza que á este ganado vuestro, le han hecho mal de ojo!...

La ventera murmura tristemente:

— ¡Ay!... ¡Por eso he venido!...

El viejo inclina la cabeza. Las ovejas bailan en torno suyo y las acaricia plácido y

evangélico. Después murmura gravemente:

— ¡No puedo valeros!... ¡No puedo valeros!...

La ventera suspira consternada:

— ¿No sabe un ensalmo para romper el embrujo?

— Sé un ensalmo, pero no puedo decirlo. El señor abade estuvo aquí y me amenazó con la paulina... ¡No puedo decirlo!...

— ¡Y hemos de ver cómo las ovejas se nos mueren una á una!... ¡Un ganado que daba gloria!...

— ¡Sí que está lucido! ¿Aquel virriato es todavía cordero?

— ¡Todavía cordero, sí señor!

— ¿Y la blanca de los dos lechazos, parece cancina?

— ¡Cancina, sí señor!

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

El viejo volvía á repetir :

— ¡Sí que está lucido! ¡Un ganado de regalo!

Entonces la ventera, triste y resignada, volvióse á la zagala :

— Alcanza el virriato, rapaza...

Adega corrió asustando al perro, y trajo en brazos un cordero blanco con manchas negras, que movía las orejas y balaba. Al acercarse, en los ojos cobrizos de su ama donde temblaba la avaricia, vió como un grito de angustia el mandato de ofrecérselo al viejo. El saludador lo recibió sonriendo :

— ¡Alabado sea Dios!

— ¡Alabado sea!

La ventera, arreglándose la cofia, dijo con malicia de aldeana :

— Suyo es el cordero... ¡Mas tendrá que ha-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

cerle el ensalmo para que no se muera como los míos!

El saludador sonreía pasando su mano temblorosa y senil por el vellón de la res :

— Le haremos el ensalmo sin que lo sepa el señor abade.

Y sentándose bajo su viña quitóse la montera, y con el cordero en brazos, benigno y feliz como un abuelo de los tiempos patriarcales, dejó caer una larga bendición sobre el rebaño que se juntaba en el centro de la era yerma y silenciosa, dorada por el sol:

— ¡Habéis de saber que son tres las condenaciones que se hacen al ganado!... Una en las yerbas, otra en las aguas, otra en el aire... ¡Este ganado vuestro tiene la condenación en las aguas!

La ventera escuchaba al saludador con las

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

manos juntas y los ojos húmedos de religiosa emoción. Sentía pasar sobre su rostro el aliento del prodigio. Un rayo de sol atravesando los sarmientos de la parra, ponía un nimbo de oro sobre la cabeza plateada del viejo: Alzó los brazos, dejando suelto el cordero que permaneció en sus rodillas:

-- La condenación de las aguas solamente se rompe con la primera luna, á las doce de la noche. Para ello es menester llevar el ganado á que beba en fuente que tenga un roble, y esté en una encrucijada...

Dejó de hablar el saludador, y el cordero saltó de sus rodillas. La ventera, con el rostro resplandeciente de fe, cavilaba recordando dónde había una fuente que estuviese en una encrucijada y tuviera un roble, y entonces el saludador le dijo:

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— La fuente que buscas está cerca de San Gundián, yendo por el Camino Viejo... Hace años había otros dos: Una en los Agros de Brandeso, otra en el Atrio de Cela, pero una bruja secó los robles.

Después la ventera aún seguía hablando con el saludador, mientras la pastora arreaba las ovejas que, afanosas por salir al camino, se apretaban estrujándose entre los quicios de la cancela.



CAP. IV. FLOR DE SANTIDAD



ONTABA la ventera los días esperando la primera luna para llevar sus ovejas á la fuente, donde había de romperse el hechizo. La pastora, sentada en el monte á la sombra de las piedras célticas doradas por líquenes milenarios, hilaba en su rueca y sentía pasar sobre su rostro el aliento encendido de las santas apariciones: Todos los anocheceres imaginábase que el peregrino volvería á subir aquel sendero trillado por los pastores, y nunca se realizó

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

su ensueño. Sólo subían hacia la venta hombres de mala catadura: Lañeros encorvados y sudorosos que apuraban un vaso de vino y continuaban su ruta hacia la aldea, y mendigos que mostraban al descubierto una llaga sangrienta, y caldereros negruzcos que calbagaban en jacos de áspero pelaje y tenían en el blanco de los ojos una extraña ferocidad. Adega, acurrucada en la cocina cerca del fuego, les oía disputar y amenazarse sin que nadie pusiese paz entre ellos. Después, sus ojos asustados adivinaban cómo aquellos hombres se avenían y se apaciguaban, reunidos en los rincones oscuros, y escuchaba el ruido del dinero que se repartían á hurto.

El hijo de la ventera había vuelto tras una larga ausencia. Adega cuando se reunía

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

en el monte con otros pastores, oíales decir que anduviera en una cuadrilla de ladrones todo aquel tiempo. Los pastores referían historias que ponían miedo en el alma de la niña: Eran historias de caminantes que se hospedaban una noche en la venta y desaparecían, y de iglesias asaltadas, y de muertos que amanecían en los caminos. Un viejo que guardaba tres cabras grandes y negras, era quien mejor sabía aquellas historias. Adega pensaba todos los días en huir de la venta, pero temía que la alcanzasen de noche, perdida en algún camino solitario, y que también la matasen. Llena de fe ingenua esperaba que el peregrino llegaría para libertarla, y, dormida en el establo, sobre el oloroso monte de heno, suspiraba viéndole ya llegar en su sueño.

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

El peregrino se transfiguraba en aquellas visiones de la pastora. Nimbo de luceros circundaba su cabeza penitente, apoyábase en un bordón de plata, y eran áureas las conchas de su esclavina: Los rosarios, las cruces, las medallas que temblaban sobre su pecho derramaban un resplandor piadoso, y tenían el aroma de los cuerpos santos que habían tocado en sus sepulcros. El peregrino caminaba despacio y con fatiga por aquel sendero entre tojos. Las espinas desgarraban sus pies descalzos, y en cada gota de sangre florecía un lirio. Cuando entraba en el establo las vacas se arrodillaban mansamente, el perro le lamía las manos, y el mirlo, que la pastora tenía prisionero en una jaula de cañas, cantaba con dulcísimo gorjeo y su voz parecía de cristal. El peregrino llegaba

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

para libertar á su sierva del cautiverio en que vivía, y también para castigar la dureza y la crueldad de los amos. Adega sentía que su alma se llenaba de luz, y al mismo tiempo las lágrimas caían en silencio de sus ojos: Lloraba por sus ovejas, por el perro, por el mirlo cantador que se quedaban allí. El peregrino adivinaba su pensamiento y desde el sendero volvía atrás los ojos, con lo cual bastaba para que se obrase el milagro. La pastora veía salir las ovejas una á una, y al mirlo que volaba hasta posársele en el hombro, y al perro aparecerse á su lado lamiéndole las manos.

Adega despertábase á veces en medio de su sueño y oía tenaces ladridos y trotar de caballos. Recordaba las siniestras historias que contaban los pastores, y permanecía te-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

merosa, sin osar moverse. Por la mañana al entrar en el aprisco, parecíale hallar la tierra removida y creía ver manchas de sangre en la yerba...



CAP. V. FLOR DE SANTIDAD ❧ ❧



ANTÓ UN GALLLO, después otro. Era media noche: La vasta cocina de la venta aparecía desierta. Adegá, que dormitaba sentada al pie del fuego, in-

corporóse con sobresalto oyendo á la dueña que le daba voces:

— ¡Adegá!... ¡Adegá!...

— ¡Mande mi ama!

— Entra en la tenada y saca para el campo las ovejas. ¿No sabes que hoy es la primera luna?

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

Adega se restregaba los ojos cargados de sueño :

— ¿Qué decía mi ama?

— ¡Que saques las ovejas para el campo!
Vamos á la fuente de San Gundián.

Adega obedeció en silencio. La ventera aún rezongaba :

— ¡Bien se alcanza que no son tuyas las ovejas! Tú dejaríaslas morir una á una sin procurarles remedio... ¡Ay, mi alma!

Adega sacó las ovejas al campo. Era una noche de montaña, clara y silenciosa, blanca por la luna. Las ovejas se juntaban en mitad del descampado como destinadas á un sacrificio en aquellas piedras célticas que doraban líquenes milenarios. La vieja y la zagala bajaron por el sendero: El rebaño se apretaba con tímido balido, y el tremante campani-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

lleo de las esquilas despertaba un eco en los montes lejanos donde dormían los lobos. El perro caminaba al flanco, fiero y roncador, espeluznado el cuello en torno del ancho dogal guarnecido de hierros. La ventera llevaba encendido un hachón de paja, porque el fuego arredrase á los lobos. Las dos mujeres caminaban en silencio, sobrecogidas por la soledad de la noche y por el misterio de aquel maleficio que las llevaba á la fuente de San Gundián.

Desde lejos se distinguía la espadaña de la iglesia dominando las copas oscuras de los viejos nogales. Destacábase sobre el cielo que argentaba la luna, y percibíase el azul de la noche estrellada, por los dos arcos que sostenían las campanas, aquellas campanas de aldea, piadosas, madrugadoras, sencillas

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

como dos viejas centenarias. El atrio era verde y oloroso, todo cubierto de sepulturas. Á espaldas de la iglesia estaba la fuente sombreada por un nogal que acaso contaba la edad de las campanas, y bajo la luz blanca de la luna, la copa oscura del árbol extendíase patriarcal y clemente sobre las aguas verdeantes que parecían murmurar un cuento de brujas.

La vieja y la zagala al encontrarse delante del atrio, se santiguaron devotas y temerosas. Las ovejas, que entraban apretándose por la cancela, derramábanse después en holganza, mordiendo la yerba lozana que crecía entre las sepulturas. Las dos mujeres corrieron de un lado al otro por juntar el rebaño y luego lo guiaron hasta la fuente donde las ovejas habían de beber para que

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

quedase roto el hechizo. Las ovejas acudían solícitas rodeando la balsa, y en el silencio de la noche sentíase el rumor de las lenguas que rompían el místico cristal de la fuente. La luna espejábse en el fondo inmóvil y blanca, atenta al milagro.

Mientras bebía el ganado las dos mujeres rezaban en voz baja. Después, silenciosas y sobrecogidas por el aliento sobrenatural del misterio, salieron del atrio. El rebaño ondulaba ante ellas. La luna se ocultaba en el horizonte, el camino oscurecía lentamente, y en los pinares negros y foscos se levantaba gemidor el viento. Las eras encharcadas y desiertas ya habían desaparecido en la noche, y á lo lejos brillaban los fachicos de paja con que se alumbraban los mozos de la aldea que volvían de rondar á las mozas. Las dos mu-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

jeros, siempre en silencio, seguían tras el rebaño atentas á que ninguna oveja se descarriase. Cuando llegaron al descampado de la venta, ya todo era oscuridad en torno. Brillaban sólo algunas estrellas remotas, y en la soledad del paraje oíase bravío y ululante el mar lejano, como si fuese un lobo hambriento escondido en los pinares.

La vieja llamó en el portón con el herrado zueco: Tardaban en abrir y llamó otras muchas veces acompañada por los ladridos del perro: Al cabo acudieron de dentro, sintióse rechinar el cerrojo, y el hijo de la ventera asomó en el umbral. Destacábase sobre el rojizo resplandor de la jara que restallaba en el hogar, con un pañuelo atado á la frente y los brazos desnudos, llenos de sangre. Adega sintió que el miedo la cubría como un pájaro

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

negro que extendiese sobre ella las alas. La ventera interrogó en voz baja:

— ¿Quién ha llegado?

El mozo repuso con un reír torcido:

— ¡Nadiel... He desollado la cabra que hoy topamos muerta... Mañana la comeremos.

